

Dialéctica de la flecha: la vida en el tiempo en la poesía de Álvaro Figueredo

Charles Ricciardi¹

Se ha vuelto un lugar común – aunque esto pueda parecer paradójico – decir que la poesía de Álvaro Figueredo (Pan de Azúcar, 1907 – 1966) es casi desconocida en nuestro país o, lo que es casi lo mismo, que Figueredo es un autor de culto². Y aunque el hecho no ha cesado de reconocerse, e incluso, de interpretarse³, lo cierto es que su difusión es bien escasa⁴. Y sin embargo, con apenas dos libros publicados en vida (“Desvío de la estrella”, de 1936, y “Mundo a la vez”, de 1956) es uno de nuestros poetas esenciales. Y también de los más proteicos, si se considera la amplia zona de su obra que quedó sin publicar a su muerte y que las sucesivas antologías de 1974 y de 2007⁵ nos han permitido descubrir.

El autor de aquellos dos libros podía aparecer como un escritor vanguardista, con un manejo sutil de la metáfora no analógica y una capacidad muy inteligente para explotar las polisemias derivadas de la ausencia de puntuación. Pese a esta categorización, podía verse en ellos una apropiación personal de la lección de las vanguardias, sin adscribirse más o menos servilmente a modas o juegos del lenguaje, ni comulgar con ninguno de los movimientos europeos en particular. Podía verse también una singular capacidad de reflexión teórica en esa suerte de manifiesto que fue la solapa de “Mundo a la vez” y que tituló “Testimonio de parte”, texto polémico y riguroso a la vez en el que señala con certeza cómo, en la dicotomía (dentro de la poesía del siglo XX) entre una poesía “apolínea” apegada a la razón y una línea no apolínea(¿dionisiaca?), “sorprende un claro modo coincidente: el de una vasta, mayoritaria cosmovisión no apolínea “Y en el que agrega, con filosa ironía: “Que esta visión (...), se trans-

1 Profesor de Literatura. Docente de Literatura Uruguaya II del Instituto de Profesores “Artigas”.

2 Freesia, Alfredo: El inolvidable poeta secreto . En “El país cultural “, 4/4/08: “ Admirado en los ‘60, editado en los ‘70, literalmente copiado y divulgado en los ‘80, siempre recordado y ahora reeditado en los años 2000, parece difícil hablar de escasa difusión o aun de silencio. Más bien, Figueredo fue y es un poeta “de culto”.

3 Cf. Oreggioni, Alberto (Director) Diccionario de literatura uruguaya. Tomo III. Arca, 1991. Este tomo III es obra colectiva, en la que se reseñan obras, cenáculos, p.inas literarias y períodos culturales. La entrada sobre “Mundo a la vez”, de Figueredo, está firmada por Rafael Courtoisie, quien lo presenta como “uno de los nombres (in)explicablemente olvidados de la literatura uruguaya.” También se encontrarán alusiones al fenómeno en Visca, Arturo Sergio : El mundo poético de Álvaro Figueredo (en Figueredo, Álvaro: Poesía. 1974) “vivió siempre obsesionado por el acto creador, que es lo sustantivo, y no por la ambición publicitaria, que es lo accesorio”.

4 Si para muestra basta un botón, servirá decir que, a la fecha, no hay ningún resultado para “Álvaro Figueredo” en Wikipedia. Y que la edición homenaje al centenario del poeta, que publicara la editorial Trilce junto a la Intendencia Municipal de Maldonado en 2007 y que fuera finalista de los premios Bartolomé Hidalgo, no ha tenido distribución comercial. Debemos a las gestiones de la sala de Estudiantes de Literatura que la Intendencia fernandina haya donado diez ejemplares de esa antología fundamental en el último mes de mayo a la biblioteca del Instituto de Profesores Artigas

5 Figueredo, Álvaro. Poesía. Selección y prólogo de Arturo Sergio Visca Ediciones del Centenario de la ciudad de Pan de Azúcar, 1974. Figueredo, Álvaro Antología poética. Co-edición de Trilce e Intendencia Municipal de Maldonado, 2007. Vale aclarar que algunos de estos textos aparecieron antes en la revista “la ballena de papel”.

forme, **en virtud de no sé qué operación moral**⁶, en una superstición estética apolínea es problema que me limito a plantear, a dejar por ahí” . La cita pretende mostrar cómo el escritor no rehuye la polémica y parece sugerir que hay un imperativo ético no escrito para disfrazar lo dionisiaco, para convertirlo en una construcción de la razón que “dignifique” la creación. Y, de paso, ubicar este asunto en el plano de la superstición.

Los textos que se dieron a conocer póstumamente en las revistas y antologías mencionadas, nos muestran a un poeta mucho más versátil, capaz de manejar con maestría las formas clásicas de la poesía española – el romance y, muy especialmente, el soneto- así como a un poeta capaz de cantarle a Iberoamérica o a la Independencia nacional. También permiten ver, de un modo claro e inequívoco, el peso de la reflexión filosófica en su poesía.

Es también lugar común vincular la poesía de Figueredo con el existencialismo y en ese sentido ha trabajado por ejemplo Jorge Albistur, uno de sus críticos más penetrantes⁷. En ese marco se desarrolla lo que se ha vislumbrado como la zona más original de la obra del escritor: su tratamiento del tema de la identidad. La identidad personal cuestionada y aún disuelta, incapaz de asirse o fijarse, tal como aparece en la célebre “Teoría de la máscara” (“soy yo y soy otro y otro / en otrísimas luces” y, en el final del poema : “la máscara y la máscara se avienen / al Cual y dan a luz al otromismo”, donde el neologismo “vanguardista” aparece como una forma de resolver la tensión de una existencia incapaz de hallar su esencia) o como una cualidad en permanente fluir, reemplazando a la cómoda etiqueta del registro civil o de la cédula de identidad: “mi alvaridad fluyendo/ de calle en calle usándome” (de “Yo le decía a Álvaro” en “Mundo a la vez”).

Quizás por la novedad del planteo- que tiene sus raíces en la experiencia de César Vallejo pero que se adelanta en años a búsquedas similares en la poesía de Juan Gelman, por ejemplo- el tema de la identidad ha ido relegando a un segundo plano un tema que es tan importante como él , y que, en ocasiones se vuelve su complemento o su contra cara: el tema del tiempo, del devenir incasante, y de nuestra necesidad – infructuosa, a veces- , de fijarlo y cartografiarlo.

El tema del tiempo aparece ya en el citado “Testimonio de parte” como objetivo de la creación: “Aspiro a que el poema, más que como un producto, logre consumarse, paradójicamente, como un producirse. (...) Y a que , de tal manera, cree una ilusión dramática de temporalidad”. En consonancia con sus propias ideas acerca de la identidad personal, el poema no es, no puede ser, aunque eso encierre una paradoja, un producto acabado. Si el poema es sobre todo un producirse, se resalta su carácter provisorio e inacabado/inacabable; se resalta su esencia temporal, su ubicación en un devenir que hace que toda fijación sea ilusoria. Quizá hoy ya casi no se piensa en cuánto de Antonio Machado hay en esta concepción de la poesía. Para Machado, la poesía era, siempre, “palabra en el tiempo”, y ese carácter temporal aparecía ligado a la intuición y a la aprehensión de conceptos por una vía emparentada con la “duración” bergsoniana, una vía no racional, no apolínea, para decirlo en términos de Figueredo. Al respecto, vale la pena agregar que en los textos que la antología de 2007 incluye está un “Romance de Abel Martín”(fechado en 1948, un año después de los sonetos donde empieza el cuestionamiento de la identidad – el brillante soneto “Narciso enlutado” es de 1947-), que, como se sabe era uno de los alter ego de Machado. Es precisamente en ese romance donde aparecen las primeras “conversaciones” (que desembocarán en “Yo le decía a Álvaro en “Mundo

6 El subrayado es nuestro.

7 Albistur, Jorge:Prólogo (en Figueredo, Álvaro. Antología poética. Trilce e I.M.Maldonado, 2007. Véase también: Albistur, Jorge. Poemas del “otromismo” Prólogo en Figueredo, Álvaro: Mundo a la vez. Botella al mar. Montevideo, 2007.

a la vez”) con Álvaro Figueredo:”Otra vez me puse a hablar / con Álvaro Figueredo”. No me parece especialmente relevante que la definición machadiana aparezca en boca de Juan de Mairena, su otro alter ego, para quien, por ejemplo, la poesía de Calderón era “lógica rimada” aunque hablara del tiempo.

Ahora bien: esa ilusión de temporalidad – y pongamos por un momento el acento en la palabra “ilusión”- choca en la poesía de Figueredo con la tentativa de conciliar el devenir con el ser, y es por eso que voy a centrar el resto de este trabajo en los poemas que se refieren a las flechas: los tres que aparecen agrupados con el título “Las flechas” en la “Antología poética” de 2007 (dos de ellos-”La flecha innumerable” y “La flecha ardiente”) están fechados en 1947. El tercero, “La flecha original”, no tiene fecha, pero puede presumirse que los tres son anteriores al que aparece en “Mundo a la vez”; titulado “La manzana y la flecha”, al que me referiré al final.

Se diría que hay, en la cosmovisión de Figueredo una suerte de nostalgia de unidad. En ese sentido, no me parece casual que el “Testimonio de parte” se cierre con una referencia a Jenófanes, que pasa por ser, en algunas versiones, el maestro de Parménides:”Y basta de retórica, mientras cruje este mundo, que no es, ciertamente, el tuyo, oh apolíneo Jenófanes de “El todo es uno”. El mundo cruje. Luego, el Todo ya no puede ser uno. Luego, lo apolíneo pierde pie y se instala la lógica del devenir, de la alvaridad, del producirse. Y sin embargo, Figueredo deja espacio para un particular filósofo representante de las ideas del ser de Parménides: su discípulo, Zenon de Elea. Pero ocurre que Zenón trató de probar la existencia del ser y sus atributos, a través de paradojas (la más famosa, la de Aquiles y la tortuga, ha sido convenientemente exhumada por Borges y por Augusto Monterroso; Figueredo prefiere, en cambio, la paradoja de la flecha. Sustancialmente son paralelas: ambas pretenden demostrar la imposibilidad del movimiento mediante una hábil argumentación que no se compadece con nuestra experiencia empírica del mundo) Y por allí aparece lo no apolíneo para servir a la superstición apolínea, porque la demostración de Zenón es absurda, desde que no reconoce la relación entre tiempo y espacio, sino que los toma independientemente: la flecha no puede estar sino donde está ahora, y dentro de un momento no puede estar en ningún otro lugar que donde está: el movimiento es pues, imposible, todo es ser . Figueredo toma la paradoja y la riza, la vuelve aún más paradójica. Y lo más importante: convierte la filosofía en poesía. En “La flecha innumerable” el poeta se identifica con la rosa, que parece, desde tiempos inmemoriales, emblema del devenir, de lo pasajero: “esta es, Zenón, mi rosa... En su secreta/ forma me albergo, fiel a su reposo”. El poeta se elige en esa quietud y “paz y gozo”. Sin embargo, modificando el *cogito* cartesiano, dirá en el último terceto que “Arde la rosa: luego existo” Una forma deviene en otra; el ser no puede permanecer idéntico ni estático: la verdadera naturaleza de las cosas no se compadece de esa “flecha innumerable”, porque en su cualidad de innumerable está la trampa, la zancadilla metafísica de los partidarios del ser. Por eso, aunque aparentemente el poeta respeta a Zenón, lo enfrenta a una paradoja de la paradoja y le exige”Devuelve el ser al ser, Zenón de Elea”. La propia duplicación de la palabra “ser”, con dos sentidos evidentemente antagónicos (Zenón parece haber robado la naturaleza del ser para tergiversarla fijando aquello que es sin duda móvil sin que por eso deje de ser “ser”) es la prueba mayor de que la demostración de Zenón no puede tomarse en serio, salvo que inventáramos dos categorías del tiempo:”Líbrame del instante que me reta,/ mas no, Zenón, del tiempo melodioso/ que me engendró al pasar”. El instante tomado como un absoluto, al modo de Zenón, dará una flecha innumerable colocada en diferentes posiciones en los sucesivos instantes, pero eso nos aleja de la experiencia viva del tiempo, de la ¿ilusión? dramática de la temporalidad, que es la del “tiempo melodioso (nótese

que la propia metáfora musical trae la necesidad de un devenir y de un devenir armónico) que me engendró al pasar “ y , en ese contexto, la expresión “al pasar” no puede entenderse sino como tránsito fugaz, persistente, imposible de detener: fluir, alvaridad. De modo que devolver el ser al ser sería asumir esa fugacidad que Zenón se empeña en negar y que le da derecho al poeta para reclamar la absolución del “dardo innumerable”.

En el mismo sentido trabaja el tema el poema “La flecha original”, que se aleja de las paradojas de Zenón para retomar otra de las imágenes tradicionales que se vinculan a la figura de la flecha: la historia de Guillermo Tell, mucho más conocida, y a la que volverá en el poema de “Mundo a la vez”. Pero por cierto al poeta le interesa menos el personaje legendario y su mítica participación en la independencia suiza, que las connotaciones que convoca la historia. En el poema que me ocupa ahora, un epígrafe nos hace saber que el soneto “figura” las palabras del hijo del héroe previas al momento del disparo de la flecha. Y en ellas, de nuevo de un modo paradójico y cercano al conceptismo barroco, vida y muerte se plantean como una misma cosa. De nuevo se parte en este texto de la identificación de la vida con una flor: “No muerte nueva, al dardo más agudo/ le exigirá a la flor donde me sueño. /Mi tiempo soy, nomás.” dice el niño a su padre. El hijo exculpa de antemano a su padre, si erra el tiro y lo mata, pues no hay muerte nueva: la muerte viene con la vida, ES, conceptistamente, la vida: “Bien lo sabía/ Adán. Semilla es muerte. Apunta, oh firme/ padre, a la flor de sangre que te debo”. El hijo se dispone de buen grado a su sacrificio, pero eso parece no ser más que un episodio, un avatar menor pues “muerto estoy en ti desde el pequeño/ tiempo de amor que en mí cumplirse pudo”. Se diría que, quevedianamente, la muerte está junto a nosotros desde el mismo momento en que somos engendrados. Y es difícil no vincular estos versos con la referencia, en el poema estudiado anteriormente, al “tiempo melodioso que me engendró al pasar”. Damos la vida y damos la muerte que ésta incluye. Pero en esa cadena que nos sujeta en la herencia, va también nuestra muerte en tanto padres: “Yo soy tu muerte y no podrás herirme. / Mi tiempo es tuyo. Mátao de nuevo” De este modo, la suerte de la flecha no interesa: dé o no dé en el blanco, atravesase la manzana o termine con la vida del hijo, la suerte está echada desde antes. La flecha no mata; la muerte no es un problema de puntería. Es nuestra condición. “La manzana soy yo”, advierte el niño. Me parece evidente que en una visión como esta, la temporalidad alcanza ribetes angustiosos, pese a la serenidad que exhibe el personaje. No aparece el ser apolíneo, armónico, fijo y estático con el que soñaron Jenófanes, Parménides y Zenón. Por último “La flecha ardiente” es el más oscuro de los tres, y también en el que son más importantes las búsquedas sonoras que las intrincadas madejas conceptuales. También en este caso hay un antecedente culto como motivo lírico: un pasaje del libro V de “La Eneida” , de Virgilio, en el que un certamen de disparo con arco se resuelve de modo prodigioso , empalideciendo el objeto mismo del concurso que es la puntería. Las flechas que dan en el blanco –en un mástil la primera, en la cuerda que sujeta un ave al mástil la 2ª, y, finalmente, superándolas, la de Euritión que atraviesa al ave libre por encima de las nubes- pasan a segundo plano cuando la flecha disparada por Acestes se enciende (“la flecha ardiente”) sin razón al caer a tierra. El poema trabaja con sucesivas anáforas, repeticiones y oposiciones : “Si ala ninguna” (...) si ave alguna” (primera estrofa) y, a partir del segundo cuarteto, la fuerte repetición anafórica de “Sólo”: “Sólo su rastro. Sólo su suceso. Sólo su fin, en llama paulatina; /sólo su flor (...) Sólo su fin sin fin, y su consuelo”, subrayando el carácter único y en parte desairado de una flecha destinada a un triunfo que la niega como flecha, que se singulariza en su destrucción y su incapacidad de dar en el blanco : “su fin sin fin”. En ese momento, para rematar el poema, aparece por primera vez el yo lírico para identificarse con esa extraña flecha, para convertirla

en emblema de su fracaso y su triunfo, oposición de nuevo resuelta en la complementación de los contrarios: “oh flecha peregrina/ clavada en mí, mas éxtasis del cielo”. El poeta se coloca pues como blanco imposible de una flecha peregrina, que al mismo tiempo lo mata y lo salva, le da la muerte y el éxtasis a un tiempo, como antes se había tratado de devolver el ser al ser o de estar muerto desde el nacimiento. En este complejo y oximorónico orden de pensamiento, queda, persistente, oximorónicamente persistente, sólo el movimiento, el devenir, que estamos también condenados a querer fijar, infructuosamente.

El poema de “Mundo a la vez”, (“La manzana y la flecha”, dedicado a Álvaro Tell, su hijo varón: No soy afecto a ninguna especie de biocrítica, pero no parece menor el hecho de que el segundo nombre del único hijo varón del escritor sea Tell) es el menos filosófico y el más decididamente lírico. Está dedicado a su hijo, que se convierte así en el hijo de Guillermo Tell implícitamente y convierte al poeta en el personaje legendario, juego éste en el que también puede rastrearse el tema de la identidad múltiple. En él lo esencial parece ser la experiencia de la paternidad (Oh mis hijos / ahora y en la hora/ del silbo y de la fruta”). Allí dos versos parecen remitir al texto sin fecha de la Antología (2007):”la flecha y la manzana/ su doble tentación” pero lo hacen cargándose de sugerencias múltiples, puesto que la doble tentación puede ser interpretada en diversos sentidos (¿matar y morir? ¿ser a la vez el blanco y la flecha, la víctima y el victimario?: de nuevo la visión contradictoria, oximorónica, en la que la resolución del conflicto supone la fusión de contrarios) para entroncar decididamente con una defensa a ultranza del cambio y el devenir que serán, no obstante, también, permanencia, aunque sea “hiriendo al tiempo”, porque en la enumeración aparecen “mis muslos y mi padre/ y mi abuelo y las bodas por la tierra/ cayendo en mí (...en la hora/ de disparar a la manzana al tiempo (...)) oh mis hijos mis padres mis amores” La imagen que queda es la de un tiempo que devorará la vida, tras más hijos, más padres, más amores que darán la secuencia infinita que ninguna flecha, por más ardiente o innumerable que sea, podrá detener, ni aunque diera en el blanco. Nada es fijo ni puede ser fijado, pero, paradójicamente, necesitamos fijarlo “porque lo eterno tiene vez / si no sería un azote tan oscuro” como plantea en una de las versiones de “Cae una hoja eterna”(la de “Mundo a la vez”), fundiendo lo perenne de la eternidad con la hoja caduca que cae. Por eso, visto de este modo, la dialéctica ser – devenir, eternidad – instante, resuelta siempre - en Figueredo- a favor del fluir, del movimiento, necesita de esa “vez” imposible de lo eterno. Sólo esa “vez”, ese instante, cada uno de los Álvaros del “Narciso enlutado” o de “Tennis” que, en su fluir constituyen la “alvaridad” puede salvarnos del azote tan oscuro de ese tiempo inmóvil, la eternidad ominosa e inhumana. La flecha necesita su blanco, pero tiene muy poco que ver con él.

Nota bene: como se aclara en una de las notas a pie de página, la Biblioteca del instituto cuenta en este momento con el material mencionado aquí gracias a las exitosas gestiones de la Sala de Estudiantes de Literatura, cuya existencia y funcionamiento está en estrecha relación con la nueva estructura de formación docente, aunque se trate de un curso que hasta este año inclusive pertenece al plan 86.